LIBROS

ENSAYOS

Las conquistas de la naturaleza de América en el siglo XVI

MAURICIO JALÓN

*Dep. de Matemática Aplicada Fundamental
Facultad de Ciencias, Universidad de Valladolid*

RAQUEL ÁLVAREZ, *La conquista de la naturaleza americana*, Madrid, C.S.I.C., 1993, 607 pp.

Estas líneas quieren ser un reconocimiento del bello y amplio libro de Raquel Álvarez Peláez, *La conquista de la naturaleza americana* (Madrid, CSIC, 1993, 607 pp.), sin olvidar el eco que su obra en general suscita. De antemano, los objetos de investigación elegidos por ella le han obligado siempre a poner en juego dispares recursos de análisis historiográfico. Así, ha publicado *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia* (Madrid, CSIC, 1985) y algunos textos sobre autores contemporáneos también preocupados por la heredopatología (*¿Criminales o locos?*, Madrid, CSIC, 1987, con R. Huertas; o el trabajo introductorio a su traducción, con E. Balbo, de Maudsley, *Las causas de la locura*, Madrid, Dorsa, 1991), donde la medicina y la práctica social se interfieren entre sí, se solapan y a veces se perturban. Pero también, en paralelo, la autora ha venido prestando una continuada atención al estado de la ciencia natural en los comienzos de la época moderna, tan dependiente de la trama social en su integridad. A su librito más divulgador, *La historia natural de los siglos XVI y XVII* (Madrid, Akal, 1991), una síntesis general de los conocimientos naturalistas europeos, o al resumen homónimo, centrado en España, «La historia natural de los siglos XVI y XVII» (*La ciencia española de Ultramar*, Madrid, Doce calles, 1991, pp. 89-96) se suman una cadena de trabajos que hoy, a la luz de *La conquista de la naturaleza americana*, podemos ver como estudios preparatorios de este plural, tenso, cálido y valioso escrito. En primer término, ya su «El doctor Hernández, un viajero ilustrado del siglo XVI» (*Revista de Indias*, XLVII, 1987, pp. 617-629), tiene su trasunto en el comienzo del capítulo III. Pero, sobre todo, sus apre-

tados artículos «Etnografía e Historia Natural en los Cuestionarios oficiales del siglo XVI» (*Asclepio*, XLI, 2, 1989, pp. 103-126) y «Visión de nueva España a través de las relaciones geográficas del siglo XVI» (*Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, Madrid, CSIC, 1989, pp. 269-297, coord. por J.L. Peset) no hacen sino avanzar las líneas maestras de *La conquista*.

En efecto, este libro se centra en la expansión programada de los saberes naturalistas que propició Felipe II; concretamente en lo que revelan las contestaciones a los famosos *Cuestionarios* de Indias, que supusieron un modo de ordenar y de clasificar la realidad de parte de la América española desde muy diversas perspectivas. En tal instrumento inquisitivo se funden, desde luego, poder y conocimiento: fue un modo notable de conocer y dominar lo más inmediato (las riquezas y las fuerzas de trabajo), pero también un examen, directo e indirecto, de los hábitos propios y ajenos. Por ello, *La conquista* tiene que ver, en principio, con la tradición oral, aunque no juegue con la ambigüedad textual (sí con la ideológica) de un cuestionario. R. Álvarez, entonces, prosigue con esta obra una corriente de estudios particulares sobre el fondo, quizá algo diseminado pero muy rico, que dejan ver las *Relaciones* (o respuestas dadas a aquellas preguntas en serie, 1579-1585), la apoyada en las recopilaciones de M. Jiménez de la Espada (*Relaciones geográficas de Indias*, 1965) o F. Solano (*Cuestionarios para la formación de las Relaciones geográficas de Indias*, 1988) y, sobre todo, en las de R. Acuña (*Relaciones geográficas del siglo XVI*): una vez más, la productiva, e insólita, Universidad Nacional Autónoma de México ha realizado, con estas últimas, una tarea extraordinaria de recuperación, entre los años 1982-1988, y el libro de R. Álvarez, que le rinde homenaje, podría ayudar algo a difundirla por España. Pues bien, las *Relaciones* permiten captar, entre otras muchas cosas, todo tipo de usos de la desmembrada sociedad americana —sobre todo, de México—, en particular, las costumbres ganaderas o alimenticias; los aspectos prácticos de la medicina, incluyendo el grado de atención sanitaria; y, también, una forma directa, casi inmediata, de describir la naturaleza.

Pese a todo, la labor interpretativa de tales documentos ha de dar todavía grandes pasos. Así, R. Álvarez renueva la mirada con su perspectiva inédita —hasta el presente libro, no se habían estudiado sistemáticamente los contenidos científicos de las *Relaciones*— y con un modo de sopesar los datos muy personal. La suya es una metodología histórica de apariencia tenue, que se ve siempre buscada sin grandes alardes: pensada y reformulada en la práctica, le sirve para su actualización del saber global sobre América. La investigadora, por tanto, no usa fórmulas, y sus construcciones, elaboradas con cautela, se articulan, de hecho, pausadamente. Pero no quiere dar respiro a su curiosidad, y consigue que la nuestra tampoco descansa. No es de extrañar, pues, que su texto amplíe progresivamente su órbita, y se convierta en una revisión general sobre el estado de los conocimientos naturalistas americanos y también en una reflexión de conjunto, al hilo de otros libros generosamente saludados en sus páginas. De hecho, más de un tercio de *La conquista de la naturaleza americana* supone algo así como un *antes* y un *después* de lo que cabría esperar, en principio, de un trabajo sobre la descripción de la naturaleza según se rastrea en las *Relaciones*. Dividido en trece capítulos y un epílogo, el libro sigue varios trayectos, recorre de formas distintas el espacio natural —y también el tiempo— americano. De entrada, y al hilo de la experiencia colombina y de la potente mirada de Fernández de Oviedo, comienza a comparar los años veinte del siglo XVI, con los setenta, según se manifiesta ya en los saberes de un gran naturalista como Francisco Hernández. Una comparación que será recurrente, puesto que es la figura que reaparece tras recordar el *Códice Cruz-Badiano*, de mediados de ese

siglo, y, sobre todo, tras revisar los planteamientos del pionero de la antropología cultural mejicana, Bernardino de Sahagún. La *Historia general de las cosas de Nueva España*, esta «red barredera» de los vocablos mesoamericanos elaborada en la década de los sesenta, no deja de ser un patrón para comprender el valor de los otros *Cuestionarios*, paralelos o complementarios a los que elaboró esta otra figura excepcional, aunque, claro es, de distinto rango científico.

Los apartados siguientes, III y IV, nos sitúan ante la política científica de Felipe II, tan notable organizador de los estudios geográficos, físicos y humanos (con López de Velasco, quien inspiró las cuestiones programadas), e impulsor de la primera expedición científica moderna, la efectuada en tierras mexicanas entre 1571 y 1577, por el *nuevo Plinio*, Hernández. A través de *La conquista* se percibe mucho mejor la trayectoria de este médico sobresaliente, este erasmista sólido y en comunicación con grandes figuras de nuestro XVI, que fue comisionado para estudiar los productos naturales de las Indias, realizó varios recorridos por Nueva España y se dedicó a describir las plantas recolectadas y a elaborar las consiguientes láminas en México capital, comprobando por añadidura las calidades de los productos medicinales de ellas extraídas. El trabajo enorme de Hernández (unido a su versión de la *Historia natural* pliniana) habría proporcionado ya un territorio amplio y en verdad trabado de conocimientos naturales, si no se hubiera perdido en buena parte, como se sabe: quiso hacer una enciclopedia total que abarcase «todos los aspectos de la naturaleza, una obra tan grande o más que la de Plinio, pero además moderna y con nuevas plantas o animales». El resumen que de él pudo aún realizar Recchi evidencia la complejidad de su trabajo dados los más de tres mil vegetales a estudiar y las dificultades del azteca. Precisamente la versión del manuscrito de Recchi está a punto de aparecer (Aranjuez, Doce calles, en prensa) cuidado filológicamente por Florentino Fernández y prologado por la propia Raquel Álvarez.

Pero *La conquista* no se conforma con este largo prólogo: quiere dar con cierta figura cultural novoespañola, despejando un camino de investigación insuficientemente frecuentado hasta hacerlo transitable. De ahí que vuelva hacia atrás en el tiempo, y, en el capítulo V, se nos indique cómo había ido «surgiendo», a jirones, la naturaleza americana entre las líneas de los testimonios oficiales, «cartas, órdenes, provisiones, cédulas, relaciones». Desde los primeros documentos (notas de Colón; resultados de la delegación de Jerónimos de 1516; instrucción a Cortés de 1526), hasta el fértil y meticuloso *Memorial* de Santa Cruz de 1557, pasando por todo lo que late en otras informaciones —cuestionarios y memorias surgidas en las décadas consecutivas de la primera mitad del siglo XVI (1528, 1533 ó 1544)—, se percibe un incremento de la sistematización y una mayor complejidad en la técnica documental, según lo evidencia R. Álvarez. Pues nada hay de improvisado en su escrito; todo se piensa de nuevo ahí, y se valora en pequeños pasos, con una gran discreción, cuidadosa, pulcra, amablemente modesta. Pese a lo afirmado por A. Gerbi en *La naturaleza de las Indias Nuevas* (México, FCE, 1978, or. 1975), *La conquista* comprueba que sus fuentes no hacen sino evidenciar la manifiesta curiosidad, en todos los momentos, de los españoles (aunque la cultura de los italianos fuese más poderosa en general). Por otro lado, las cuestiones-tipo, que van perfilándose sucesivamente y que son el embrión del cuestionario de 1577, «son preguntas insertas en una forma de considerar la realidad y la naturaleza, muchas veces con gran influencia clásica». Por ello, la autora, que evoca a menudo las fuentes greco-latinas en medicina, historia natural y botánica medicinal, tiene en cuenta expresamente, y reproduce, la clasificación aristotélica de los animales (nótese que sólo desde hace poco son accesibles ediciones españolas fiables de obras naturalistas clásicas de

consulta obligada, como las de Aristóteles y de Teofrasto; falta, en cambio, una edición de Plinio paralela, en lo posible, a la que concluyó en Francia, hace dos décadas, Les Belles Lettres).

Ahora bien, ya todos los capítulos restantes, del VI al XIII, se vuelcan con exclusividad en el prometido análisis de las *Relaciones*. De antemano, R. Álvarez reconstruye el primer *Cuestionario* que se elaboró, hacia 1570, a través de cuatro respuestas por él inspiradas (cfr. pp.189-192), dando especial relieve, por su cuenta, a los asuntos botánicos y zoológicos, o quizá agrícola-ganaderos, como sugiere la autora de acuerdo con la preeminencia de los conocimientos prácticos en esos interrogatorios frontales. Ello le permite ya poner en claro la reordenación y condensación efectuada en el de 1577: la cuadrícula definitiva condensó cincuenta preguntas, mientras que el boceto cuadruplicaba este número. Claro es que la información recibida con tal programa —lo que constituyen las *Relaciones*—, llegaron al Consejo de Indias, entre 1578 y 1586, desde muy dispares zonas; pero en este libro se eligen las relativas a Nueva España y Guatemala (que son, no obstante, la mayoría). Por lo demás, tales descripciones programadas —este *espejo americano*—, fueron a la par de ciertas introspecciones en la metrópoli, pues una encuesta análoga empezó a efectuarse en Castilla, desde 1574.

En el recién traducido *La colonización de lo imaginario* (México, FCE, 1993; or. def. 1991), S. Gruzinski —autor cuyas obras ensalza calurosamente R. Álvarez—, tras indicar que el material inagotable de las *Relaciones* no ha sido, por el momento, más que rozado, pormenoriza la secuencia asombrosa de los aspectos a tratar: la significación del nombre del pueblo; las circunstancias de su descubrimiento o de su conquista; los caracteres físicos de su comarca; el número de habitantes y de sus modificaciones; el hábitat; las formas de vida (inclinaciones o modos de comportarse); las distancias y los caminos; las circunstancias y fechas de la fundación del pueblo; el número de sus ocupantes iniciales y su situación; su estatuto y régimen político en la época prehispánica; el tributo que le correspondía; sus ritos, costumbres y adoraciones; sus formas de gobierno y sus guerras; su comercio; las modificaciones del vestido, de la alimentación y del estado físico; la salubridad de la región, las enfermedades que hacían estragos, los remedios usados para combatirlos; la geografía, la fauna y la flora; las minas y canteras, etcétera. Pues bien, *La conquista* (cfr. pp. 218-227) desglosa y armoniza excelentemente estos y otros aspectos de ese cuadro analítico que quiso ser un tamiz implacable, casi obsesivo, de la realidad americana: pone muy bien de relieve la jerarquización de los estratos con los que se pretendió retratarla y, además, da cuenta de los valores puestos en juego por esta empresa realizada con éxito pero luego no aprovechada. La autora busca sus posibles articulaciones y las expone con llaneza, complicando siempre su argumentación pero diluyendo, mediante su trabajo aclarador, las dificultades: muchas de las categorías usadas por la encuesta eran ajenas a los informantes; y hay que tener en cuenta, dice, la falta de sinceridad o repetición esquemática en las respuestas, o las copias unas de las otras. Y, por añadidura, muestra su buen oído para captar la precisión tanto psicológica como científica del interrogatorio: a la secuencia antes dada (y subdividida por ella), por ejemplo, añade que se piden la lengua o *lenguas* de la provincia; las características *mentales* de los indígenas (sus «entendimientos») y físicas («si han vivido más o menos sanos» antes); la localización *exacta* del lugar mediante «la altura o elevación del polo» o mediante un *plano* o «pintura». La retícula de cuestiones que nos presenta es, pues, fiel trasunto de esa cuadrícula oficial con la que se quiso fijar, «palmo a palmo», todos los nombres —sitios, cosas, formas e ideas— de un espacio en vías de explotación.

Puesto a la luz todo lo relativo al protocolo, R. Álvarez dedica tres capítulos a las circunstancias sanitarias, y tres más todavía a la observación natural: las miradas sobre el cuerpo humano y sobre los seres vivos llegan, entonces, a solaparse. Pues, por un lado, describe la medicina tal y como se dibuja en las *Relaciones*: los médicos y sus vínculos con la tradición curativa indígena, las devastadoras pestilencias (y los grandes grupos nosográficos), así como dos aspectos sanitarios singulares como son los partos, con sus rituales, y el, tan dominante y creciente, alcoholismo, tildado de grave en las *Relaciones*. Prosigue con las plantas medicinales y el estudio de otros remedios (baños y sangrías), mostrando cómo los españoles buscaron, para usarlos, los productos curativos de allí, y capta las concepciones teóricas del arte de curar —los avatares de un *humoralismo* algo mezclado—, así como el problema hospitalario (cuyas cantidades, exiguas, especifica en pp. 353 y ss.) para, como conclusión, dar cuenta del «aterrador y doloroso» decaimiento de las condiciones de salubridad en la población indígena.

Por otro lado, *La conquista* presenta una naturaleza que se verá sometida al control, a la dominación —y a la ciencia—, europeos tras su paso por España. Y como cada descripción está supeditada a los conocimientos de los indígenas (aunque poco se sepa de su cosmovisión) esta imagen será la primera a la hora de captar las especies vegetales y las animales, pues suelen aparecer en náhuatl, aunque también en castellano: la precisa nomenclatura autóctona se sustituyó por otra confusa que aún perdura, señala la autora. Las clasificaciones, mínimas, delatan el carácter utilitario de los interrogantes. Se atiende a los caracteres generales de cada zona de asiento (orográficos e hidrográficos); con especial interés por las canteras (para la construcción) y la sal. Los recursos alimenticios y la posibilidad de mantenimiento de las tierras se hallan en las *Relaciones* muy por encima de lo raro o lo curioso: se pregunta por el trigo y la cebada, por viñas u olivos, por la seda y la grana. Se plantea, en paralelo, el problema de los animales de transporte o de alimentación, cuya aparición y brutal aumento quebró las formas de subsistencia inveteradas. Pero también aparecen en las encuestas otras descripciones de especies de ambos tipos que este libro desmenuza clara y ampliamente, y a las que hay que remitirse en su conjunto (pp. 400-515) al no poder enumerarlas ahora. En su balance general, sugiere R. Álvarez que si bien, con relación a los animales y las plantas, los relatos carecen de la precisión lingüística de Sahagún o de Hernández, en última instancia revelan que esos retratos zoológicos a menudo no difieren demasiado de los de Bernardino, mientras que los datos botánicos —tamaño, color y longitud de sus partes; apariencia de la flor; sabor y usos; lugar donde crece—, no son comparables a los extraordinarios análisis del segundo, habida cuenta su habilidad como sistematizador. En ambos casos, no existen indicios de cuantificación, y muchas veces la descripción es ambigua, impidiendo su identificación.

Asimismo, superaría los límites de estas notas la pormenorización de la bibliografía evocada por *La conquista*. Pero sí merece una rápida, e insuficiente pues, comentario. A pesar de múltiples publicaciones más cercanas, siguen siendo de referencia (como se ve en éste y en otros libros de última hora) los trabajos documentados, aunque lejanos, de E. Álvarez-López, como «La historia natural de Fernández de Oviedo» (*Revista de Indias*, XVII, 1957, pp. 541-601) o, sobre todo, «Las plantas de América en la botánica europea del siglo XVI» (*Revista de Indias*, VI, 1945, pp. 221-288). Por supuesto que, desde entonces, habían aparecido libros generales que consideran los saberes sobre la naturaleza, así la *Cultura virreinal* (Barcelona, Salvat, 1965, c. IX) de F. Esteve Barba, cuya historiografía indiana, de 1964, por cierto, se ha visto aumentada en 1992. Además, muchas monografías sobre grandes figuras han visto la luz (la autora destaca,

ENSAYOS

entre otras muchas, las relativas a los intercambios de plantas de consumo), aunque no una síntesis centrada en el terreno naturalista. Por lo demás, también surgieron otros trabajos específicos de relieve: siguiendo con el material rastreado en *La conquista*, tanto L. López Austin como, aquí, J. M. López Piñero, desde los setenta hasta los noventa, han contribuido con escritos de variada extensión a esclarecer aspectos especialmente ligados a la aplicación médica de determinadas plantas. Ejemplo, entre otros, del impulso investigador y editorial producido aquí en torno a la reciente efemérides del descubrimiento, sería el volumen colectivo *Medicinas, drogas y alimentos vegetales del Nuevo Mundo* (Madrid, M. de Sanidad, 1992) que incluye textos del segundo o de J. L. Fresquet, así como de J. Pardo Tomás y M. L. López Terrada, quienes han emprendido el estudio de la botánica del Dieciséis. Los dos últimos, por citar un trabajo modelico, acaban de dar *Las primeras noticias sobre plantas americanas en la relaciones de viajes y crónicas de Indias* (Valencia, IEDHC - CSIC, 1993), que incluye un valioso repertorio de las «plantas nuevas»: su libro de síntesis salió a la par que esta *Conquista*, y cabría decir que también se suma a ella. Ambos trabajos ocuparían una posición sobresaliente si se tratase de hacer un balance sobre la reciente historiografía científica relativa a una parte de nuestro intrincado siglo XVI: la relativa a los naturalistas, tan necesitada de revisión. La crucial síntesis de J. M. López Piñero, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII* (Barcelona, Labor, 1979), debería verse renovada, afortunadamente, con un balance de lo escrito en el último cuarto de este siglo.

Al repetir, en nuestro encabezamiento, parte del título de R. Álvarez, aunque escribiéndolo en plural —*las conquistas*—, queremos subrayar, de antemano, el carácter sintetizador que define, entre otros atributos innegables, a su texto. Además, dados su mérito evidente y su notable apasionamiento, parece obligado agruparlo con algunas monografías que, en los últimos años, están poco a poco configurando una nueva imagen de la «conquista», natural o cultural, del antiguo mundo americano, cuyas raíces ha estudiado, entre nosotros, J. Alcina. Pero si *La conquista* se transforma, incluso, en una curiosa caja de resonancia de los trabajos sobre la naturaleza en dicha centuria, los resultados de sus análisis, sin embargo, nunca se ven proyectados sobre un fondo neutro. De entrada, está muy por encima de todo lo que, en los estudios de los cuarenta, se percibe hoy como ideología difusa pero evidente: en la botánica del siglo XVI, por ejemplo, y para ensalzar el valor de los españoles (así Laguna o Monardes), éstos elevaban el papel de los descriptores europeos muy por encima de los sistematizadores. Las circunstancias, teóricas o no, de tal saber se ven, en cambio, bien matizadas por R. Álvarez; quien recuerda, al mismo tiempo, la escasa repercusión que este particular descubrimiento de la naturaleza tuvo en la ciencia y en la cultura españolas.

Por otra parte, la investigadora hace acopio de otra gama de experiencias, sin ocultar el carácter ferozmente depredador de ciertos intereses materiales o de ciertas «prácticas espirituales» —se trató de presas, trofeos y botines, propios de una expugnación—, lejos de las manipulaciones historiográficas, de acuerdo con la más incisiva bibliografía de las últimas décadas. Parece innecesario recalcar la ironía del rótulo elegido por R. Álvarez, *La conquista de la naturaleza americana*. Aun así, estas poco «conquistadoras», estas insociables conquistas, remiten a la ambigüedad de una invasión: a la ganancia de conocimientos, por un lado, y al sentimiento actual de pérdida cruel, por otro, dado el desgaste de la mirada colonialista. Sin embargo, la autora no parece escéptica ante el relativismo cultural. Tampoco apela a la retórica antropológica (habla del «provocativo y discutible» M. Harris) ni a las abstracciones culturales. Su texto, mínimamente dramatizado pero cercano a la experiencia que describe, apunta siempre a lo concreto —el

mundo natural— pero buscando su imbricación general con esa civilización con la que simpatiza. Pues en esta trayectoria bien narrada, ella trata de entender, encajar y asimilar los productos culturales siempre en coherencia con el contexto en el que fueron apareciendo.

De ahí que en todo su escrito planee la cuestión lacerante del proceso de *aculturación* y *desculturación*, de la desintegración o desagregación social americana (como dicen, entre tantos, Pitt-Rivers o Gruzinski): fue la transformación violenta, «la ruptura total de una forma de vida acompañada de la enfermedad y el miedo», que supuso una *profunda desestructuración*, recuerda la autora utilizando el giro que N. Wachtel creó en *La vision des vaincus* (París, Gallimard, 1971). Y no casualmente, R. Álvarez retoma la perspectiva global de este libro influyente para las reflexiones, llenas de prudencia, que cierran su labor repitiendo en el epílogo un título feliz y ya familiar, «La conquista de la naturaleza americana»: pero ella ya había percibido bien ese proceso desestructurador por sí misma, no olvidando «quién aportaba la información y quién controlaba y redactaba» cada documento analizado. Con todo, al mantener abierta su curiosidad por los cambios en los hábitos intelectuales y considerar siempre los giros en las disciplinas históricas, su texto se ve, sin duda, conducido por ese *nuevo problema* que era ya protagonista del panorama ofrecido por Le Goff y Nora en *Faire de l'histoire (I. Nouveaux problèmes*, París, Gallimard, 1974), precisamente de la mano del propio Wachtel: éste nos recordaba cómo «L'acculturation» es un fenómeno de doble filo, de disolución y recomposición de una cultura en declive. La aculturación, estudiada en los Estados Unidos, fue tratada con agudeza, desde muy pronto, por la otra América: los textos de A. M. Garibay (1940, 1964) o G. Aguirre Beltrán (1957, quien repetirá esa voz en dos títulos), así como los de J. M. Arguedas o M. León-Portilla (ambos, en 1959, o en 1964) son buenos ejemplos de ello.

Las páginas de R. Álvarez evocan el encuentro y choque entre intereses muy dispares —los de colonizadores y colonizados— y entre formas culturales opuestas, con especial reconocimiento de trabajos como el de G. Baudot (*Utopía e historia en México*, or. 1977) o el realizado por Margaret Hogden, en 1971, sobre la temprana antropología americana. Pues el comparatismo lleva siempre consigo un *proceso valorativo*, como avanzó ya, para este espacio, L. Hanke en 1935. Ello tiene un peso crucial en la construcción de la *imagen del otro*, tal y como se dio en el siglo de las Luces, y que se ha convertido hoy en piedra de toque de nuestro pensamiento: a los escritos de S. Zavala (1949), A. Gerbi (1955), M. Bataillon (1966, en su homenaje a Sarrailh), o el más general, y con una notable carga anticolonialista, de M. Duchet sobre la antropología e historia en esa centuria (1971), hay que añadir una serie de libros de los setenta que tienen también análogo cariz, por ejemplo, los de S. Landucci (*I filosofi e i selvaggi*, 1971) y U. Bitterli (*Los «salvajes» y los «civilizados»*, or. 1976) o el gigantesco de G. Gliozzi (*Adamo e il Nuovo Mondo*, 1977), sin contar numerosos escritos americanos, cuyos autores mayores se han citado. La crisis ideológica de los ochenta, que comienza ya a captarse en *La caída del hombre natural* de A. Pagden (or. 1982), no dejará de tener su reflejo en el afán actual por revisar de arriba a abajo todo el material histórico antes de producir nuevas síntesis. Todo lo cual, a nuestro juicio, está latiendo en la «antropología» del libro que ahora saludamos.

En el inicio de *La conquista de la naturaleza americana* se reproduce, casi como lema, una frase de Montaigne referente a los espíritus cultivados que, «si bien observan con mayor curiosidad y mayor número de cosas, jamás muestran lo que ven al natural, siempre lo retruecan y desfiguran». Pero no hay que engañarse: nuestro Montaigne -que

ENSAYOS

leyó a Gómara y para quien *il n'y a rien de barbare et de sauvage* en los indígenas americanos-, se apoyó sin duda en su gran cultura clásica, renovándola con su mirada. Y Raquel Álvarez Peláez, aun ateniéndose a las *Relaciones*, también tiene muy presente la mejor tradición bibliográfica sobre América, haciendo una fresca e instructiva lectura de ella.